



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

SÁBADO 1.º DE JULIO DE 1871.

NÚM. 80.

### LA LUZ.

La vida es una perpétua contradicción, una lucha perpétua. Hoy se derriba una institución carcomida, un dogma ruinoso, y al otro día los desenterradores de todas las ideas muertas, sepultureros de la víspera quizás, van á aquella tumba, ponen su mano sobre la losa, á veces su corazón, y queriendo dar vida á un cadáver se petrifican ellos mismos y se mueren con el muerto, se momifican con la momia. Ir á buscar inspiraciones en el pasado teniendo enfrente el porvenir, es vivir hacia atrás, vivir de espaldas hacia la luz, tener de todo, del fósil y del cangrejo; de todo, menos del hombre.

Nuestro país es el país de los extremos, de los *vice-versas*, como decía un hombre distinguido. Aquí no se puede vivir mas que en dos partes; ó en la region de los sepulcros, donde hay esqueletos de ideas, pensamientos cristalizados, seres crepusculares, una vida negativa, en fin, ó en la region de las nieves perpétuas del alma, donde hay espíritus de hielo, corazones secos, inteligencias forjadas con el martillo de la escarcha en y no sé que yunque maldito; seres todos condenados á una petrificación estéril, á una agonía que se suele tomar por la mayor intensidad de vida que puede lograr la pobre criatura humana, esquife batido por todas las olas, ola batida por todas las tempestades.

Pero si un ojo esperto penetra en las tinieblas de este misterio y las sondea, es seguro que muy pronto se dará razón de la causa que le ha engendrado. Para decirlo de una vez en términos vulgares, aquí la plétora es lo que ha producido el hastío. España se ha parecido hasta hoy á aquel avaro de la leyenda á quien sus mismos manjares se le tornaban en oro y moría desesperado en medio de su riqueza que no servía para satisfacer su hambre. El catolicismo, y parecerá inconcebible esta contradicción, ha matado las necesidades religiosas del alma. El agua ha hecho innecesaria el agua. Se la había encauzado para que regase una tierra y la fertilizase, y ella se desbordó malamente é hizo un pantano de lo que debería haber hecho un jardín. De estos desbordamientos hay muchos en la historia. ¡Qué raro, qué rarísimo es el hombre ó la institución que no flaquea y que no cae una ó muchas veces en su carrera! Al

que no cayera ó á la que no cayera habría que decirle: Salve, vencedor de las fragilidades humanas, héroe y triunfador de la miseria que has sabido encontrar entre el polvo del camino las estrellas de tu destino glorioso; salve mil veces.

Pero esto no hace al caso á nuestro propósito. Ser débil, tropezar, caer, andar á tientas, andar á oscuras, todo esto se comprende. Soy hombre y todo lo humano es propio de mí, decía há muchos siglos el viejo Terencio. Toda la filosofía humana está en esta frase. Pero el mal no está en esto, repito. Beneficiar el mal, prestarle á usura á las almas, comerciar con él, cambiarle por reales ó por ochavos, segun se puede, colocarse detrás del altar de una sacristía, hacer de él el mostrador de un almacén y decir: «Diez reales de bautismo, veinte del muerto, cuatro de responsos, quince de la misa;» salir despues á la calle y gritar á voces ó gritar dentro de sí, que es mas malo todavía: «Qué productivos son los muertos, qué mina es el purgatorio, qué tesoro es la religion,» esto es lo horrible, esto es lo satánico. Yo no sé quién estremando la idea decía que bajo este punto de vista la religion católica era la religion del infierno. Y lo es bajo este punto de vista considerada.

La religion en la política, la religion en el arte, la religion en la escuela, la religion en la literatura, la religion en todas partes. Y se realiza la expresión del arcediano de Victor Hugo: Esto matará á aquello. Y la religion mató á la religion. Y un día se encontró el catolicismo con que no tenía mas que esclavos, el que creía tener creyentes. Se desesperó, se miró los cabellos y se puso á trabajar el durmiente de trescientos años, y quiso hacer en ocho días lo que no había hecho en ocho siglos. Ese día de su despertamiento es hoy.

Indiferencia, incredulidad, materialismo, eso es lo que hay sembrado por todas partes. Son ruinas de un castillo que fué; la Edad Media pulverizada y hecha escombros arrojados en el camino de todas las conciencias. Nada mas. Esa es la religiosidad de España. Un cadáver tendido en tierra con una cruz entre las dos manos. Del cristiano no ha quedado mas que la cruz.

Así es que nuestro país se ocupa poquísimo de religion. Se parece á esos enfermos valerosos que se ocupan de todo menos de que se mueren. ¿Qué se hará para estirpar el mal, para

cerrar la llaga? Lo que hizo el Cristo. No transigir con los errores, pasar á cuchillo las preocupaciones, condenar el fanatismo que es el reverso del cristianismo, no perder el valor nunca y decir siempre aquellas palabras del Salmo: «Ciñete tu espada sobre el muslo, oh valiente, con tu gloria y con tu magestad. Y en la gloria sé prosperado: cabalga sobre la palabra de verdad y de humildad y de justicia, y tu diestra te enseñará cosas terribles.»

### LA TRANSUBSTANCIACION.

III.

Conocidos los orígenes históricos del tremendo dogma que nos ocupa, examinémosle en su esencia. La razón, el sentido común de la humanidad y la Biblia entera están en contra de él. ¿Quién le apoya? ¿quién le abona? Nadie en realidad. El interés propio de todas las instituciones de sostener sus doctrinas, por absurdas que sean. Eso es todo lo que el gran dogma tiene en su apoyo. La humanidad hace tiempo que ha hecho una última reverencia á la hostia y la ha dicho: «Salud, Dios de mi infancia. Ya no me sirves para satisfacer las necesidades de mi alma. Necesito un dios de veras. Los dioses que se hacen con harina y con barro y con madera y con plata son demasiado polvo y miseria y nada para satisfacer esa ardiente necesidad del espíritu humano que se llama afán de lo inmaterial, anhelo de inmortalidad, hambre de lo infinito. Quédate con Dios, Dios-engaño, Dios-quimera.»

Lo que la palabra transubstanciación quiere decir en el catolicismo, es sabido. Transformación sustancial, es decir, transformación de las sustancias del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Cristo, esto significa transubstanciación. La Eucaristía contiene, segun el sentir católico, todo lo relativo al Cristo-Dios y al Cristo-hombre: su naturaleza divina y su naturaleza humana y todo lo propio de entrambas; su divinidad y su humanidad, el alma y el cuerpo, la sangre y los nervios y los músculos y los huesos de Jesucristo. En el catecismo general del Dr. Doyle, se lee: «¿Puede estar Cristo verdadera, real y sustancialmente presente en todos tiempos y lugares en que se ce-



lebra la misa?» A lo que él mismo se contesta: «Sí que puede; porque Cristo es verdaderamente Dios, y á Dios todos los tiempos y lugares están igualmente presentes. El, por su omnipotente virtud, puede hacer que su bendito cuerpo y alma, que inseparablemente están unidos á su divinidad, se hallen presentes de cualquier manera y en cualquier tiempo ó lugar que á bien tuviese.» Esta es la bárbara doctrina, porque no hay medio mas suave de calificarla, de la transubstanciación. Empezemos á juzgarla. Pero antes citaremos, para probar la tolerancia romana en esta como en todas las cuestiones, el canon primero, sesión xiii del Concilio de Trento, que dice: «Cualquiera que negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo juntamente con su alma y divinidad, y de consiguiente Cristo todo, mas afirmare que solo está allí en símbolo ó figura ó por su virtud, sea anatema.»

La doctrina de la transubstanciación convierte al cura en mas Dios que Dios mismo: le confiere un poder que no tienen ni los ángeles, ni los bienaventurados, ni los santos, ni ninguna de las criaturas celestes: le dá el poder de crear siempre que quiere un nuevo Jesucristo y constantemente nuevos Jesucristos; le hace en fin, dueño y árbitro absoluto del Omnipotente, pues le tiene á su disposición siempre que pronuncia ciertas mágicas palabras, él, criatura limitada, finita y miserable. Y Dios en la hostia, no hay que decirlo, está á la disposición de todo el mundo; de los ladrones que pueden robarle, del moho que puede roerle, hasta de los ratones miserables que pueden devorarlo. El 14 de febrero de 1620 ocurrió en París un hecho verdaderamente escandalosísimo. Un ladrón, infame se atrevió á robar en la iglesia de San Juan de Letran la friolera de nueve hostias consagradas con su correspondiente copon de plata, se entiende, que los ladrones de aquellos tiempos y de los nuestros parece que no quieren á Dios si no vá encerrado en algun objeto de valor. El ladrón, como puede comprenderse, sufrió la pena de ver cortada su mano derecha delante de la susodicha iglesia, y despues fué ahorcado y quemadas sus cenizas. Pero esto no impidió que aquellas nueve hostias, es decir, aquellos nueve Jesucristos desaparecieran y no se volviera á tener noticia de ellos. El historiador que refiere este hecho, comentándole, dice con mucha gracia: «Las pobres gentes de aquellos tiempos debieron decir á aquel ladrón de Dios lo que Laban decia á Jacob: «¿Por qué me has robado mis dioses?» De la doctrina de la transubstanciación provienen esos dichos vulgares y groseros, «levantar á Dios en alto, adorar la hostia, hacer una reverencia al Santísimo Sacramento,» y otros mil que prueban hasta qué punto es posible que las religiones se materialicen y se perviertan.

La razon y la Biblia apartan al que quiera escucharlas de semejante error. Nosotros creemos en el Jesucristo que está en el cielo, no en el Jesucristo que construyen los hombres; nosotros creemos que Él bajó al mundo revestido de nuestra carne mortal para morir por nosotros; que Él fué hermano nuestro por la conformidad de su naturaleza humana con la nuestra; y creemos, en fin, que habiendo subido al cielo, donde está sentado á la diestra del Padre, no desciende de él á la hora en que un hombre pecador le llama, por mas que sea cura, obispo ó Papa. Descenderá, sí, del cielo, pero será

el último día de la vida para juzgar á los hombres todos, y mas severamente quizá que á ningunos otros, á los suplantadores de dogmas, á los estafadores de conciencias, á los mercaderes de almas.

Y las contradicciones católicas sobre el dogma en cuestion saltan á primera vista. El catolicismo acepta la profesion de fé de los apóstoles y reza y masculla, porque la Iglesia romana no ora, estas palabras: «Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, de donde ha de venir para juzgar á vivos y á muertos.» ¿Cómo es esto? ¿Cómo puede ser que Jesucristo esté en el cielo y al mismo tiempo esté materialmente en la tierra y no solo en un lugar de ella, sino en infinitos á la vez? ¿Cómo puede ser que un cuerpo, contra todas las leyes de la física, esté en dos lugares distintos á la vez y en mil si es preciso? Siendo Cristo hombre y sujetándose por tanto á todas las leyes naturales que rigen al hombre, ¿en qué cabeza cabe que su cuerpo mortal puede estar en dos sitios diferentes? Pero hace mas que esto el catolicismo. Pretendiendo multiplicar á Jesucristo como hombre y como Dios, lo que hace es anular su humanidad. ¿No encierra el Cuerpo de Cristo en la hostia, es decir, no le priva de las cualidades que ha de tener todo cuerpo, si ha de ser mortal, de la estension, de la profundidad, de la latitud? ¿Dónde se esconden estas propiedades del Cuerpo de Cristo que el pobre mortal no las vé? ¿Ni cómo podría verlas en la hostia? Más aun; el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía romana es mas impalpable aun, mas espiritual que las mismas almas, porque un alma no vive mas que dentro de un cuerpo y en un sitio solo, al par que el Cuerpo de Jesucristo está en un domingo, por ejemplo, á una hora dada, en tantas partes en cuantas se celebra la misa, y solo Dios sabe cuántas misas se dicen en el mundo todo en un día de fiesta.

Pero se dice: «¡Milagro! ¡Milagro! Dios puede hacer eso y mucho mas! ¡Su omnipotencia alcanza mas que á eso!» ¡Mas que eso! ¿Puede hacer Dios mas que romperse, que fraccionarse en mil y mil dioses, todos igualmente perfectos, todos igualmente completos? Difícil es. Mejor dicho, Dios lo puede hacer todo, menos eso. Dios no hace milagros absurdos, milagros sin sentido comun, que para eso ha dado vida á ciertos seres que viven en la sombra, para inventarlos ó para soñarlos.

El Cuerpo de Jesucristo fué seguramente como cualquier otro cuerpo. Debió tener el corazón en el mismo sitio y de la misma forma que todos los demas hombres; la sangre debió salir de él y volver á él como en las demas criaturas; debió tener las mismas arterias, las mismas venas, los mismos nervios, los mismos músculos que otro hombre cualquiera. Si así no fué, digamos las cosas claras; no fué tal hombre. Ahora bien; existiendo todas esas partes constitutivas del Cuerpo de Jesucristo que llenan un espacio y ocupan un lugar, ¿en qué consiste que su Cuerpo todo en la hostia no ocupa ningun lugar ni llena ningun espacio? Estos son descubrimientos católicos. Un cuerpo cualquiera se compone de cinco partes, blancas todas. Pues bien, el cuerpo todo es negro. Esta es la lógica clerical. Y sobre esto, ¿Dios no es la verdad absoluta? ¿La verdad única es inmutable? «Dios, que no puede mentir:» (se lee en la Epístola á Tito, cap. i, ver. 2.º) Pues si Él ha dicho espresamente que está en los cielos á la diestra del Padre, ¿no es antinatural y antibíblico el sostener que Él se halla en otras

partes que en la que Él ha dicho espresamente que se encuentra? Pero al catolicismo le importa muy poco dejar la Biblia á un lado cuando se trata de construir un dogma tenebroso, terror de las conciencias y espanto de las almas.

No se puede dar un paso en el examen de este dogma sin hallar á cada momento la contradicción y el absurdo. En el instante mismo de la Cena, segun el dogma católico, Dios debió tener dos cuerpos; el que estaba sentado á la mesa y el que estaba en la boca de los apóstoles; un cuerpo que hablaba y que se movia y otro que ni hablaba ni se movia: un cuerpo mortal, perecedero, sujeto á todas las enfermedades de la carne, y otro imperecedero, inmortal é incorruptible, descansando quietamente en el estómago de los doce. Cuál de estos dos, dice un escritor cristiano, es el de nuestro Redentor? ¿Cuál de estos Cristos es el Cristo, Salvador nuestro? Y cuando se considera que el Cuerpo de Jesús ha debido ser como ningun otro cuerpo, redondo, porque solo siendo redondo puede estar contenido en la hostia redonda, la lástima hacia los inventores de semejantes patrañas crece y se reiria uno si la historia no le dijese que estos delirios y estas aberraciones han costado la vida á muchos centenares de mártires y han llevado la desolación y la muerte á muchas almas serenas, á muchas conciencias luminosas.

Desde el momento en que se cree que Jesucristo puede estar, aunque no sea mas que en dos lugares á la vez, ¿quién me asegura á mí que antes de la Cena no sucedió lo propio? ¿Quién me dice que cuando estaba en el seno de la Virgen no estaba tambien en el seno de su Padre? ¿Quién me prueba que cuando estaba delante de Pilatos no estaba en casa de su amigo Lázaro? ¿Quién me convence de que cuando estaba en la Cruz no estaba distrayéndose en las calles de Jerusalem, dándose el singular fenómeno de un cuerpo que sufre y no sufre al mismo tiempo? A esta clase de reflexiones lleva la transubstanciación. Es, bajo este punto de vista, uno de los dogmas mas impíos que conocemos. La Iglesia romana, al pretender exaltar á Dios multiplicándole, lo que hace es deprimirle, queriendo convertir los rasgos de la fantasía humana en milagros del Omnipotente. No, repetiremos mil veces, esos milagros se parecen demasiado á los del Corán, á los de las leyendas de la Edad Media, á los de las consejas de los tiempos pasados, para que los creamos. Dios no hace lo inútil, y sobre todo no hace lo absurdo.

Comprendemos que el interés de una casta haya querido tener á la humanidad ciega, si posible hubiera sido, durante las evoluciones de la vida toda; comprendemos al sacerdocio católico apagando la luz de las inteligencias y predicando la barbarie, el despotismo y las tinieblas como leyes de la existencia humana; comprendemos la piedad que vé milagros en todas partes, la fé ciega que hace ver cosas increíbles; pero no comprendemos este lujo de lo absurdo, esta apoteosis de lo irracional, esta adoración idiota de lo insensato. ¡Poner sobre una columna á Montalembert, pase; pero poner á Veuillot!

Aun no hemos concluido, sin embargo, el examen de las contradicciones católicas sobre la transubstanciación.



## EL EVANGELIO Y EL LIBRE EXÁMEN.

«Los habitantes de Beréa fueron mas nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la Palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, si estas cosas eran así.» (Hech., cap. xvii, ver. 11.)

Es indudable que aun las cosas mas buenas y santas por el abuso que de ellas se hace pierden toda su bondad y vienen á ser en extremo perjudiciales. La lectura de la Escritura Santa, manantial fecundo de purísimo consuelo, basta por sí sola para mitigar todas las aflicciones que son inseparables á la vida humana, puesto que ella nos descubre nuestro origen y nuestro destino. Pero la Santa Biblia mirada superficialmente, esto es, leyéndola como una historia mas ó menos interesante, lejos de ser lámpara luminosa que guie nuestros pasos, viene á ser, por el contrario, un escollo en extremo peligroso.

Jesucristo ha dicho: «Escudriñad las Escrituras.» No se limitó á decir simplemente, *leed*; sino examinad, considerad, medita; la Palabra divina examinada, considerada y meditada, no puede menos de producir los saludables efectos que á ella son inherentes. Tal es el libre exámen proclamado por los cristianos evangélicos. Cuando Dios habla, solo resta á los hombres recibir con humildad y veneración sus saludables mandatos, por medio de la Santa Escritura. Dios ha manifestado su voluntad á los hombres, mostrando el camino único que conduce al cielo. En ella vemos á nuestro Criador, á nuestro Reparador, al que nos santifica; sigamos, pues, al único Infalible, teniendo por norma de nuestra vida y por regla de nuestra conducta, lo que dice San Pablo: «Que la Palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia, en toda sabiduría.» (Colos., cap. iii, ver. 16.)

«Escudriñad las Escrituras» ha dicho Jesucristo. ¡Cuán bellas son las palabras del Profeta Rey remitiéndonos tambien á las Santas Escrituras, cuando en el Salmo xix esclama: «La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma: el testimonio de Jehová, fiel, que hace sabio al pequeño. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón: el precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos.» (Versículos 7 y 8.) Y en el Salmo i no duda en llamar ya bienaventurado al hombre que se deleita en la Ley del Eterno meditándola día y noche. La Sagrada Escritura no necesita interpretacion de ningun género; basta la interpretacion del Espíritu Santo: «La Palabra de Dios es viva y eficaz, y mas penetrante que espada de dos filos; alcanza hasta partir el alma y aun el espíritu; discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.» (Hebr., cap. iv, ver. 12.) «Si nuestro Evangelio está aun encubierto, entre los que se pierden está encubierto: en los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos, esto es, de los incrédulos.» (2.<sup>a</sup> Cor., cap. iv, ver. 3 y 4.) Para comprender las Sagradas Escrituras no se necesitan grandes luces, basta la luz del Espíritu Santo; con frecuencia sucede que la ciencia humana en vez de ser un paso para llegar al conocimiento de Dios, suele ser causa de extravío; Dios se manifiesta, no á los sabios segun el mundo, sino á los sencillos de corazón.

Bien alto proclamaron el libre exámen de la Palabra de Dios los padres de la primitiva Iglesia. Atanasio, dirigiéndose á los enemigos de la lectura de los Libros Santos, les dice: «Los que quieren imponer á otros sus creencias

»apartándoles de la lectura de las Escrituras, »bajo pretexto de que son incomprensibles, es »porque temen que su testimonio les convenza »de herejía.» (Ex. Edit. Bem., t. ii.)

Crisóstomo: «Donde quiera que dirijamos »nuestra vista nos hallamos cercados de tantas »ocasiones, de tan irresistibles sensaciones, de »cuidados, de aficciones, de vanidad, de orgullo; de todas partes se lanzan flechas contra »nosotros, cuyas puntas se embotarán siempre »en el escudo de las Santas Escrituras; es imposible que sin la lectura de la Escritura podamos ser salvos. Con frecuencia la vista solo de »este Libro Divino nos aparta del pecado. Yo »os ruego, hombres del pueblo, que adquirais »la Santa Biblia.... ó al menos un Nuevo Testamento.» (Opera Chrysost. t. iv, in Eph.) Del mismo modo se espresan Agustín, Ireneo, Teodoro y otros muchos. Estos grandes hombres no veían impedimento alguno en el ejercicio del libre exámen de la Santa Palabra, y sin embargo, sus pretendidos sucesores, que nunca alcanzarán ni su ciencia ni su virtud, estravian á la humanidad apartándola del cristianismo.

El hombre que respeta la Santa Escritura, como la palabra del mismo Dios, no es posible interprete mal texto alguno de los contenidos en el Libro Santo: con rectitud de corazón debemos abrir el volumen sagrado, estando dispuestos á recibir con humildad los saludables consejos que nos dá. El libre exámen así comprendido, no permite torcer el Evangelio al capricho de nuestra propia voluntad; el cristiano sincero sabe que el Dios Revelador se dirige á él en su Palabra Santa, donde ha fijado sus leyes de una manera invariable.

Dios nos abre el corazón y la inteligencia, para hacernos comprender su voluntad, de tal suerte, que los sentidos espirituales se vivifican. «Entonces les abrió el sentido, para que entendieran las Escrituras.» (Luc., xxiv, 45.)

Es necesario no confundir el libre exámen de los cristianos evangélicos, con el libre exámen de los que se llaman protestantes de Roma, pero solo en la parte negativa; muchos hay que rechazan los principios fundamentales y los preceptos de la Iglesia romana y evangélica: pero entendámonos, estos son protestantes, pero no son cristianos; no aplicamos, pues, el libre exámen á estos hombres. Cuando decimos que todos deben por sí mismos leer y meditar el Evangelio, sin permiso alguno, estamos muy lejos de dar á entender que el hombre por este acto venga en conocimiento de los secretos del Altísimo. «Las cosas secretas pertenecen á Jehová nuestro Dios: mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.» (Deut., c. xxiv, ver. 29.) Si el hombre no llega á comprender todo lo contenido en la Santa Escritura; si el conocimiento del ignorante no descubre cuestiones que están mas al alcance de una persona ilustrada en la ciencia, siempre encontrará lo esencial; esto es, todo lo necesario para adquirir la vida eterna. Para conocer y amar á Dios, no se necesita tener vastos conocimientos en la ciencia; á Dios agrada mas que la ciencia, la sencillez del corazón.

«Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeños: así Padre, porque así te agradó. (Luc., cap. x, ver. 21.)

FELIPE OREJON DELGADO.

## LA CAIDA DE UN ÍDOLO.

(Continuacion.)

## III.

Los ultramontanos y los protestantes de Francia.

El partido ultramontano ha previsto, quizás apresurado, y en todo caso aprobado la guerra de 1870. Mas aquí se ofrece á nuestra consideracion una cuestion de mucha gravedad. Al mismo tiempo que hacian de Napoleon un instrumento de sus planes contra Prusia, ¿no escitaban al bajo pueblo contra los protestantes de Francia? ¿No contaban con los campesinos como con los soldados para destruir la herejía?

La mayor parte de los periódicos han dejado entrever la posibilidad de una nueva noche de San Bartolomé, y aun cuando muchos protestantes franceses no han querido dar crédito á esta noticia, otros eminentes del Languedoc y la Alsacia sostienen la realidad de la conspiracion cuyas pruebas poseen: parece que solo quedaba por fijar el día.

No conozco esas pruebas; pero cuando leo los párrafos 24 y 25 del *Syllabus* que justifican la Inquisicion, y el periódico de Mr. Venillot que dice: «que esa institucion es tan bella, que lejos de avergonzarse los hijos de la Iglesia deben glorificarse de haberla establecido», creo, que es casi honrar á los jesuitas creyéndolos capaces de una San Bartolomé, de la revocacion del edicto de Nantes ó de un nuevo terror blanco parecido al de 1815.

En un país en donde por término medio 64 hombres por 100 son instruidos; en donde 55 departamentos cuentan solo un 25 á 50 por 100 que sepan leer, bastan algunas predicaciones violentas para arrojar sobre los herejes á un populacho fanático y ávido de sangre. Así, pues, mi conviccion íntima es que la escena de Barletta puede reproducirse en una mitad de la Francia, por no decir en la Francia entera.

He aquí algunos hechos anteriores á la guerra que prueban el fanatismo del pueblo católico y de sus sacerdotes.

Uno de nuestros compatriotas que vivia en el Delfinado en 1866, año de las matanzas de Barletta, estaba asombrado de las predicaciones de los curas todas dirigidas contra los herejes protestantes.

En X... un jornalero católico, ocupado en la casa del fiscal que era protestante, trabajaba un día, pero tan preocupado, tan inquieto, que su dueño le preguntó si estaba enfermo. «No señor, respondió el criado, pero yo os diré todo lo que me sucede: quieren que os mate y tambien al señor notario; me han escogido á mí porque conozco vuestras costumbres; pero yo no lo haré porque Vd. no me ha dispensado nada mas que muchos beneficios.»

En la misma época una costurera protestante trabajaba en una casa de campo, y una joven de 12 años con mucha sencillez le dijo: «Mucho es lo que te quiero; me haces vestidos muy bonitos y eres muy buena. ¡Lástima que te quieran matar!»

Por este mismo tiempo los sacerdotes bávaros pronunciaban discursos furibundos contra los prusianos, que segun ellos, forzarían á todos los católicos á convertirse en luteranos. Sin embargo, todo el mundo sabe que la Iglesia romana disfruta en Prusia de mas libertad que en los mismos Estados católicos. Las mismas furibundas declamaciones resonaron en el mismo país poco antes de la guerra de 1870, que ellos querian convertir en guerra religiosa. (1)

En Suiza, algunos meses antes de la guerra, los curas de Thurgovia predecían que Dios iba á castigar á los pueblos que rehusaban creer en Él y en su santa Iglesia.

Los mas estraños sermones se predicaron en la Alsacia. El tema obligado de todos ellos era la pró-

(1) Véase cómo los sacerdotes no tienen mas patria que Roma. Mientras que los alemanes todos se levantaban como un solo hombre contra el enemigo común, los sacerdotes bávaros predicaban contra los prusianos anteponiendo la causa de Roma á la de Alemania. (La Red.)



xima destruccion de los luteranos. Poco tiempo despues se observó con la mayor estrañeza que durante la noche habia una lámpara encendida en todas las casas católicas.

En la Lorena los sacerdotes acusaban á los protestantes de ser cómplices de los enemigos de la patria, y despues veremos á esos sacerdotes queriendo sacar partido del estado de los espíritus para preparar una matanza.

En el distrito de Montbeliard un católico habia hecho gran acopio de armas para servirse de ellas contra los protestantes en cuanto los franceses obtuvieran sobre los prusianos una señalada victoria.

En el Delfinado resonaban tambien las predicciones violentas contra los protestantes, y ya tendremos ocasion de probar que lo mismo acaecia en el Mediodia, Oeste y centro de la Francia.

## IV.

*El Papa abandonado por Austria y Francia.*

El 27 de julio, Mr. de Banneville anunciaba al cardenal Antonelli la inmediata retirada de las tropas francesas que guarnebian á Roma; y el 29, el caballero de Colomba la abrogacion del Concordato austriaco de 1855; dos golpes mortales asestados á Roma por sus aliados, debidos á causas enteramente diversas.

El paso atrevido del Austria era la respuesta al voto del Concilio que proclamaba la infalibilidad papal. El Concordato era un contrato bilateral. El Estado habia contraído obligaciones con una Iglesia que titubeaba entre el sistema papal y el episcopal; desde el momento en que esta se arrojaba en los brazos de un hombre, el Estado podia declararse libre de todos los compromisos contraídos, y así lo hizo.

Napoleon, por el contrario, veia con indiferencia la divinizacion del Pontífice; pero como no era de la opinion de su camarilla en lo que respectaba á la fuerza de los prusianos, retiró sus tropas de Roma y abandonó la Argelia: estraño acontecimiento, el mas estraño en la vida política de Napoleon. El mismo destruia una de las bases sobre las cuales descansaba su trono, el apoyo del clero que tanto habia contribuido al buen éxito de la votacion popular verificada poco tiempo hacia. El Papa recibió la noticia con la mas profunda calma; no así sus consejeros, que empezaron á irritarse y á desear que todos los juicios de Dios cayeran sobre el pérfido y desleal emperador.

La que mas sufrió del abandono de Roma por las tropas francesas fué sin duda alguna la emperatriz Eugenia, porque estaba creida que del apoyo prestado por su marido al Pontífice dependia la suerte de la dinastía. El resultado de la guerra ha debido confirmarla en sus preocupaciones.

## V.

*Las victorias de los alemanes y sus consecuencias inmediatas.*

A pesar de todo, el ejército francés no pasaba la frontera alemana, no invadia las fértiles llanuras de Baden. Asombrada de esta inaccion, la Alemania entera repetia estas palabras de Moltke: «Si los franceses no están en el Rhin antes del 1.º de agosto, nunca mas le verán.»

De pronto cundió por toda la Europa la noticia de una triple victoria de los ejércitos alemanes: en Wisemburgo, el 4 de agosto; en Wærth y Forbach, el 6. La Francia no podia, no queria creer en la realidad de tanto desastre. La Iglesia romana se espantó.

Para los alemanes, la guerra no era ni política, ni religiosa; sino nacional. Todos se habian levantado como un solo hombre, porque todos comprendian que de ser vencidos quedarían condenados á una eterna nulidad. Todos los partidos sacrificaron en el altar de la patria sus odios, sus ambiciones y legítimas quejas. Ya no hubo católicos (escepto los curas ultramontanos) ni protestantes, sino alemanes; republicanos ni realistas, sino alemanes; bávaros ni prusianos, sino alemanes. Todos deseaban una

misma cosa, convertirse en una nacion unida, grande y poderosa; todos abrigaban un solo temor, ver de nuevo la patria comun incendiada é inundada de sangre por las legiones siempre victoriosas de Francia. Las victorias alcanzadas por sus ejércitos probaron á Alemania que podia vencer sin la ayuda de Austria, Rusia é Inglaterra, y que la sangre derramada en los campos de batalla no se habia derramado en vano. De todos los Estados alemanes se elevaron á Dios cánticos y acciones de gracias que partian de lo mas íntimo del corazón.

Tal era el espectáculo que ofrecia á la Iglesia ultramontana esta Alemania madre de todas las herejías. Veamos ahora lo que piensa y hace la Iglesia que se llama sola verdadera en estos momentos de crisis en que se muestra en toda su desnudez el estado del alma.

El arzobispo de Paris no duda del feliz éxito de la guerra, é invita á sus fieles á que imploren el 15 de agosto la proteccion de la Virgen Maria. El clero no se hubiese atrevido en Francia á condenar la conducta del emperador, como se hacia en Roma, habiendo trascurrido tan corto tiempo desde que le apoyaran en el plebiscito, despues de haberle apoyado durante 18 años consecutivos.

Los campesinos no sabian qué pensar de todo lo que les ocurría. ¡Dos meses antes los sacerdotes les habian conjurado para que votasen en favor del emperador diciéndoles que el imperio era la paz, y dos meses despues veian la guerra desencadenada con todos sus horrores! ¡Los sacerdotes les habian dicho que Francia no podia ser vencida porque su causa era la de la Virgen, y los desastres sucedían á los desastres! ¡El Papa era infalible, casi Dios en la tierra, y no empleaba su poder en favor de la Francia católica! De aquí un odio violento contra el clero, cuya causa es la de Roma, y contra todos los enemigos del imperio en general. El imperio se habia convertido en rural desde el plebiscito de mayo; los hombres del campo eran su ejército de reserva. Las derrotas, segun ellos, no podían achacarse mas que á los pérfidos que rodeaban al emperador. Sangrientos crímenes se cometieron en varios puntos de Francia al grito repetido de «viva el emperador.» Todos los que no eran bonapartistas, eran prusianos, espías de los prusianos, hombres que merecian la muerte; y los desgraciados campesinos no veian que los desaciertos y corrupcion del imperio eran la causa de todos sus males.

La Francia agrícola estaba demente. De todos sus enemigos, los que mas la irritaban eran los protestantes, independientes, ricos y republicanos en mayoría. No eran estos afectos al imperio; mas no por eso dejaban de ser buenos patriotas, tan buenos ó mejores que los imperialistas y ultramontanos. Ninguno se hubiera atrevido á hacer votos en favor de Prusia, todos pagaban con su sangre y su dinero la deuda contraída con su amada patria. Pero su patriotismo no siendo del agrado del clero, este recurrió á las mas infames calumnias para desacreditar ante la opinion pública á los que no aceptaban el yugo de la corte papal.

(Se continuará.)

## PODER DE LA PALABRA DE DIOS.

En un pueblo de la provincia de Guadalajara, conocido con el nombre de Majada del Rayo, viven dos pastores amigos que hasta hace muy poco tiempo eran considerados como los hombres mas malos del pueblo. Contábanse de ellos las cosas mas estrañas, las crueldades mas grandes; no faltaba quien creyera que estaban poseídos de un espíritu diabólico, y hasta hubo quien aseguró haber visto volar por el aire las cabras que los dos pastores guardaban; prueba evidente, añadian, de que el diablo andaba con ellos.

Dejando aparte todas estas necedades creadas por la ignorancia, es necesario convenir en que los dos amigos habian dado lugar con su conducta á la mala fama de que gozaban.

Pero no siempre habian de vivir los dos pastores escandalizando á los habitantes del pueblo. En un viaje que hicieron á Estremadura, quizás para comprar ganado, encontraron á un espendedor de Biblias; y ya sea por curiosidad ó por cualquiera otro motivo, lo cierto es que compraron el volumen sagrado, que lo han leído y meditado, y desde ese dia es tal la trasformacion que se ha operado en ellos, que todos se preguntan atónitos quién ha podido cambiar tan de repente á aquellos dos hombres tan perversos. Su conversacion en la actualidad es dulce, su género de vida irreprochable, su amor hácia todos bien conocido.

En la última feria ó funcion religiosa celebrada en Majada del Rayo los dos pastores se presentaron en la plaza pública, y subidos sobre una mesa esplicaron uno despues de otro al pueblo que les escuchaba las divinas verdades del Evangelio.

¡Notable cambio! dicen todos. ¿Quién ha enseñado á estos hombres, se pregunta el alcalde del pueblo, á hablar y á vivir así? Pregúnteselo á ellos mismos y le contestarán: que el Espíritu de Dios que regenera los corazones ha cambiado los suyos; que la sangre de Jesucristo ha purificado sus almas de toda mancha; que la fé que justifica les ha unido con su Salvador, y que la garantía de la verdad de cuanto piensan y sienten la han encontrado en la Palabra de Dios, en la Santa Biblia.

¡Oh poder de la Palabra de Dios!

Señor Don A. C.

CARTAGENA 20 de junio de 1871.

Querido amigo: Le prometí á Vd. á mi salida de esa comunicarle todas las impresiones religiosas y artísticas que sintiera en esta ciudad, y hoy comienzo á cumplirle mi palabra. Estoy en la brecha: héme aquí.

La capilla evangélica de esta poblacion está situada, Vd. lo sabe, en la plaza del Rey. Frente á ella está el cuartel de Marina; á la izquierda el arsenal; á la derecha el teatro; en el centro la capilla.

Me parece un pensamiento de Dios en medio de las tempestuosas agitaciones de los hombres. En frente los soldados; á la izquierda los obreros; á la derecha los cómicos. En el centro un puñado de cristianos. Esta es una imágen poética y gráfica de lo que es la Iglesia en el mundo: el nido de unos cuantos, el hogar de unos pocos, la hospedería santa y tierna de los amantes del infinito, de los entusiastas de lo eterno, de los que siguen á Aquel de quien dice uno de los Salmos «que establece sus aposentos sobre las aguas, que tiene á las nubes por carroza y que anda sobre las alas del viento.»

Este pueblo está corroido por los tres grandes males que minan á la sociedad española: la indiferencia, el fanatismo y la incredulidad. Hay aquí muchos ateos y muchos materialistas, *porque sí*. Se les pregunta la razon científica de su creencia y se quedan petrificados y mudos. Dicen que no hay Dios por referencia. Niegan la eternidad bajo la fé del vecino. Son inteligencias vacías, tumbas sin cadáver. Se golpea en ellas y suena á hueco. Y así como los hombres son ateos ó indiferentes en su generalidad, las mujeres son fanáticas por el catolicismo. Lo primero se vé en los clubs, y lo segundo en las iglesias. Las señoras de la poblacion, lujosamente vestidas, se encaminan todos los domingos, á las doce, á Santa María. Aquella es la misa elegante, la misa de moda. Se visten de seda para agradar á Dios, y en cuanto oyen su misa se van. Ya llevan el alma refrigerada para toda la semana.

A nuestra capilla asiste un número regular de personas. Doy un culto el domingo por la noche, y otro el jueves por la noche. Les hablo lo mas sencillamente que puedo del amor de Dios, de la propiacion que Él nos dió en su Hijo el Cristo, de nuestra falta de méritos y de la fé, única cosa que salva. Me escuchan con atencion, y los hombres vienen á darme la mano cuando concluyo. Pero lo mas admirable que hay aquí son las escuelas, la de niños sobre todo. Hay mas de 150 apuntados, y asisten



diariamente mas de 100. Es una futura generacion cristiana que se prepara para lanzarla en medio de estos incrédulos ó de estos fanáticos. Cuando se penetra en la escuela y se tiende una mirada sobre aquellos niños, pobres y desgarrados la generalidad de ellos, se siente un sentimiento de vivísima compasion. Por lo menos, cuando salgan de aquí sabrán leer, escribir, contar; llevarán en el alma las verdades del Evangelio; conocerán á Cristo y sabrán ser hombres honrados y buenos ciudadanos. Mas que á los adultos nos debemos á los niños, cimiento del futuro cristianismo de nuestro pais. Yo, que me precio de observador, he ido muchas tardes al muelle para ver á los muchachos que pululan por él, buscando aquel tipo del *pilto de playa*, tan admirablemente descrito por Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*. No lo he encontrado. Quizá no los haya mas que en Sevilla, quizá no los haya en ninguna parte. Aquí no he encontrado mas que chiquillos desarraigados y casi desnudos; con sonrisa de idiotas, con semblante de idiotas; bestializados todo lo que puede estar una pobre criatura humana desamparada é ignorante, y que solo saben, mucho antes que el sol corone con sus rayos de oro las cimas, llenas de bruma, de las montañas que forman el puerto, arrojarse al mar y estar, como focas, durante largas horas en él. Uno que viniera aquí con el solo objeto de abrir escuelas, haria mas, en mi sentir, que el que quisiera establecer una nueva capilla, y este haria mucho.

Cartagena me ha recordado al Madrid antiguo. En muchas calles hay retablos, santos pintados en lienzos, vírgenes metidas en urnas, y todos ellos con sus lámparas correspondientes. Aquellas reyerías de los galanes de Calderon que comenzaban bajo el farol de una imagen y concluian junto á las tapias de la huerta del Prado de San Gerónimo, han concluido y los santos tambien; pero aquí aun quedan estos últimos. En la calle Mayor de esta poblacion hay, entre dos balcones, un magnífico santo pintarrajeado con tal maestria, que parece un capricho de Goya que se hubiese entretenido en pintar un diablo en figura de obispo. En la calle por la que se vá á la estacion, hay una virgen metida en su urna, con su lámpara correspondiente; en la pared de una de las bóvedas que dan salida al muelle, está incrustada tambien, y resguardada, por supuesto con cristales, Santa Rita, abogada de los imposibles y patrona, á lo que creo, de la marineria; y por fin, están los famosos cuatro santos de la calle á que han dado nombre y que se llama así: de Cuatro Santos. Son San Isidro, San Fulgencio, un santo mas y una santa, cuyos nombres me han dicho pero que no recuerdo ahora. Son cuatro calles, ó mejor dicho, dos que forman cruz, y en cada una de las esquinas de las cuatro casas, á la altura de un piso entresuelo, está la urna de uno de estos santos benditos. Hay, á lo que parece, una tradicion sobre ellos que hubiera deseado saber para contarla á los lectores de LA LUZ; pero no han sabido relatármela. Las tradiciones católicas suelen ser bellas, aunque sean falsas. *Se non e vero, e ben trovato*. El catolicismo es la religion de la imaginacion.

En Murcia ha habido solemnnes fiestas con motivo del vigésimo quinto aniversario de la elevacion al Pontificado de Pio IX, pero sin desórdenes. Aquí tambien hubo sus músicas y sus regocijos clericales. Se pintó un bello trasparente en el que estaban las llaves de Pio IX, no quiero decir de San Pedro, la mitra y otros arreos papales, y se iluminó todo con farolillos á la veneciana. Una música, á la que se encargó especialisimamente que no tocara himnos patrióticos, amenizó la fiesta. Los chiquillos circulaban alrededor de ella gritando: «¡Viva Garibaldi!»

Aquí hemos tenido un milagro ó cosa así. Se está derribando un convento frente al ayuntamiento. En las diversas escavaciones hechas se encontró el cadáver de una monja. Aquí fué Troya. Los católicos se alarmaron. Era preciso hacer algo. Allá á las tantas de la noche, con asistencia por supuesto del clero y de las autoridades, y de los jóvenes de la Juventud católica y de otras personas de probada religiosidad, todo el mundo con su cirio encendido

en la mano, se trasladó á no sé dónde el cadáver. Mas que el cadáver de una monja parecia el *Santísimo Sacramento*. ¡Tan alumbrado iba! No se ha dicho si el cadáver estaba incorrupto, ó si olia á incienso sin habérselo echado, ó si se difundió al sacarle de entre la vil tierra, una suave fragancia, como es uso y costumbre siempre que se desentieran un bienaventurado, ó alguna otra cosa semejante, porque hallar el cadáver de una monja corrompido ni mas ni menos que el de cualquier otro miserable mortal y que no huela á mirra ni á ningún otro perfume, sino al contrario, á podredumbre y corrupcion, es cosa verdaderamente insoportable para un beatífico corazón católico.

Por hoy, querido amigo, nada mas tengo que contarle. Me han prometido, yo que siempre ando á caza de tradiciones y milagrerías, darme la historia de la cruz de Caravaca, que contiene prodigios mayúsculos, de esos que ya no se ven en estos malvados tiempos de libertad y razon. Se la referiré á Vd. Es preciso ir sacando á la vergüenza todas las miserias con que se ha alimentado la legítima necesidad de creencias de los pueblos. Es preciso resucitar muchas almas.

Un saludo á los amigos y otro á los hermanos. A estos les digo lo que San Pablo á los Filipenses. «Salud á todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan.»

Soy de Vd. afectísimo amigo y hermano,  
ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

## LA VIDA DE JESÚS.

(Conclusion.)

### X.

Jesucristo tuvo siempre  
Santo amor hacia los niños;  
Los sentaba en sus rodillas,  
Los besaba con delirio:  
Para ellos nunca, nunca  
Tuvo el reproche mas mínimo,  
Ni una mirada de enojo,  
Ni de disgusto un suspiro.  
Adorando la inocencia  
Habría de amarlos el Cristo,  
Que el reino de Dios es para  
Los pobres y los sencillos.

### XI.

El primero será el último,  
Y solo será criado  
De ellos, el que quisiera  
Humillar á sus hermanos;  
La mujer del Zebedeo  
Pidió á Jesús otro tanto.  
Aprendan en su respuesta  
Los soberbios y los vanos:  
«Los príncipes tiranizan  
Casi siempre á sus vasallos;  
En mi reino, serán siempre  
Los pequeños, los mas altos.»

### XII.

De mercaderes infames  
Henchido se encuentra el templo,  
Tráficos del altar,  
De lo sagrado logreros.  
Jesucristo toma un látigo  
Y dá tras ellos frenético,  
Que están manchando aquel sitio  
Con su ágio y su comercio.  
Hay muchas almas que toman  
La religion como medio  
Para encubrir sus maldades,  
Para lograr sus deseos.

### XIII.

Jesús en casa de Lázaro  
Se hospeda, y sus dos hermanas

Como á quien es le reciben,  
Como á quien es le agasajan:  
La una se postra á sus piés,  
Y la otra anda afanada  
En festejar á su huésped,  
Cuando este la dice: «Marta,  
Muchas cosas te preocupan,  
Y una sola es necesaria:»  
Lo que debe preocuparnos  
Es la salvacion del alma.

### XIV.

Bartimeo está sentado  
En la orilla del camino,  
Demandando una limosna  
Con ronco y lloroso grito:  
Jesús pasa; el ciego le oye,  
Y se encamina hacia el Cristo.  
—«¿Qué quieres?»—le dice Aquel.  
—Ver solo.—«Pues vé ahora mismo;  
Tu fé es la que te ha sanado,  
Anda y vé en paz, hijo mio:»  
La fé cuando es grande y pura  
Consigue hasta lo infinito.

### XV.

Jesús vá á morir; la Cena  
En la mesa les aguarda,  
Que vá á comer con los suyos  
El cordero de la Pascua.  
La Cena instituye, y luego  
Los piés á los doce lava,  
Que en esto de la humildad  
Ni el mas humilde le gana.  
Hubo un traidor, hubo un Judas,  
Que por un poco de plata  
Le vendió infame.—El que pecó  
Tambien le vende y le mata.—

### XVI.

Clavado en la cruz el Cristo  
Gime porque al fin es hombre,  
Aun mas por los que le matan  
Que por sus propios dolores.  
Le insultan, se burlan de él,  
Pero el mártir no responde  
Y sufre, porque su Padre  
En lo alto así lo dispone.  
¡Que su sangre limpia y pura  
Nuestras muchas culpas borre,  
Que sepamos merecerla  
Para que el cielo nos toque!

### XVII.

Ha muerto el Hijo del hombre  
Lleno de divino amor  
Hacia los mismos malvados  
Que le dan muerte feroz.  
Sus últimas frases fueron:  
«Padre fiel, perdónalos,  
No saben lo que se hacen,»  
Su muerte fué la de un Dios.  
Si los judíos le dieron  
Infame crucifixion,  
La repetimos nosotros  
Con nuestros pecados hoy.

### XVIII.

Imitemos á Jesús  
En la vida y en la muerte;  
Que en cuanto hagamos, Él sea  
Nuestro modelo perenne.  
Que una firme creencia en Él  
Tenga en nuestro pecho albergue,  
Nuestras acciones dirija,  
Nuestros pasos enderece.  
¡Dichoso el que obra así!  
Aquel que en su mano tiene  
Recompensas y castigos  
Le dará lo que merece.



## MEDITACION.

«Mas tú siempre el mismo y tus años no se acabarán.» (Salmo CII, 27.)

La inestabilidad es la suerte de los míseros mortales. Todo pasará; tal es el resumen de la historia de todas las cosas. Los cielos sobre nosotros, la tierra bajo nuestras plantas, los elementos que nos rodean, «todo tiene que perecer.» Pero en medio del océano de la vida existe un áncora de salvación para dar seguridad á los que en nada pueden apoyarse. Jesucristo, «Tú eres siempre el mismo. Todo cambia excepto Él que es inmutable.» El edificio humano puede caer; mas el «templo vivo» permanece para siempre; la caña puede doblarse á impulsos de la tempestad; pero «la roca de los siglos» resiste los embates de la tempestad y los desafía.

Qué bendición poder contemplar la inmutabilidad de nuestro soberano sacrificador. «Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por la eternidad.»

Es verdad que en un sentido todo ha cambiado en Él. Ya no es el varón de dolores experimentado en quebranto, el viajero sin abrigo, el que no tenía una piedra en donde reclinar su cabeza. Ahora reina en los cielos, los ángeles le alaban, los santos le adoran; pero su corazón no ha cambiado, es el mismo hoy que ayer y que mañana. Las glorias de su ascensión no han apagado su amor ni la tierna simpatía de su humanidad. Todavía podemos contemplarle acogiendo á los pecadores, apaciguando la tempestad de Tiberiades, derramando lágrimas sobre la ciudad perdida ó llorando cerca de la tumba de un amigo querido, y á cada uno de esos rasgos podemos esclamar: «Tú eres siempre el mismo.» El nombre legado á su Iglesia para que esta le guarde hasta su vuelta gloriosa, no es el de ese divino Jesús subido al cielo, de donde vendrá para juzgar á vivos y á muertos. El título que Él mismo se discierne en Patmos nos lo designa como eterno. «Yo soy el primero y el último, yo vivo.»

Acudamos siempre á Jesús si queremos apoyarnos en algo que sea sólido, en algo que no cambie, en algo que sea eterno.

## PARA LOS PREDICADORES.

PLAN DE UN SERMON SOBRE EL TEXTO, JUAN XIV, 27.

«La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la dá, yo os la doy.»

**Exordio.** Aproximándose la hora suprema de la muerte, Jesús dice á sus discípulos que el momento de la separación se acerca y que quiere en cierto modo dejarles conocer su última voluntad. Jesucristo hace, si así podemos espresarlos, su testamento. ¿Qué vá á dejar á esos pobres pescadores que todo lo han abandonado por seguirle? La paz. ¡La paz! Pero el mundo, han pensado quizás los apóstoles, dá también la paz; y Jesús para contestar á esta idea añade: «No la doy como la dá el mundo.»

**Proposición.** Veamos, pues, qué paz dá el mundo, cuál es la que ofrece Cristo, y de qué modo la dan ambos.

## PRIMERA PARTE.

El hombre busca la paz, la busca con ansia porque un secreto y divino presentimiento le dice que no ha nacido para la lucha sin tregua ni descanso. Ese sentimiento inherente á su propia naturaleza, no ha pensado en destruirlo el mundo, sino en satisfacerlo ofreciendo al hombre la paz; ¡pero qué paz!

A. Una paz que ofrece el mundo es la del desgraciado que se entrega á los placeres materiales. Un paso dado en la fatal pendiente que conduce al

abismo del vicio arrastra al hombre con rapidez hacia una insensibilidad completa, y tanto, que pierde el conocimiento de sí mismo y la dignidad de su persona. El prógimo, la virtud, la pureza, no son mas que obstáculos que es menester remover para saciar el voraz apetito del que busca esa clase de paz. Paz terrible que se obtiene sacrificando la conciencia y convirtiéndose de hombre en bestia.

B. Otros hombres buscan el codiciado tesoro por otro camino. A fuerza de voluntad llegan á no inquietarse de nada, á gozar, así se dice, de la mas profunda calma. A ese estado de alma, llaman los hombres la paz. ¿Es esto cierto? ¿Tiene paz el que se encierra en la insensibilidad moral, especie de estrecho círculo de hierro de donde no se puede salir ni aun para socorrer al desgraciado que sufre, porque la vista de su miseria turbaría el reposo que tanto se busca? ¿Goza de paz el que marcha sobre su propio corazón como sobre un miserable reptil? Si esa es la paz, es la paz de la tumba; peor aun, es la paz que proporciona el egoísmo.

C. Existe aun la paz de la indiferencia, la paz de esos que por nada se inquietan y que van á donde el mundo los lleva sin poner mas resistencia que la que opone la hoja seca á la ráfaga de la tempestad que la arrastra. Pero esa paz es una paz mentida que desaparecerá á la primera aparición del sufrimiento. El dolor es una flecha aguda que traspasa la armadura mas acabada, y tarde ó temprano herirá al hombre en la fibra mas delicada de su alma. Y cuando ese caso llegue nada podrá consolarle, porque ha querido construir un soberbio edificio sobre la arena movediza de un desierto.

El mundo no puede dar la verdadera paz. Quiere llenar con un puñado de polvo el abismo sin fondo que existe en todo hijo de Adam. Existe en nosotros un deseo de bondad que nunca hemos visto realizado sobre la tierra, una sed de verdad que la ciencia no puede apagar, un ideal de belleza que no ha podido realizar la lira de los poetas ni el génio de todas las artes, un no sé qué que debe ser divino, puesto que lo humano no consigue satisfacerlo.

Pues Jesucristo pretende dar lo que el hombre busca, cuando dice: «La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la dá, yo os la doy.»

## SEGUNDA PARTE.

¿En qué consiste la paz que dá Jesús á los suyos?

A. En la reconciliación que ha operado entre los hombres y Dios. Desde el día fatal en que el pecado hiciera su aparición en el mundo, el temor embargó el corazón del hombre; Adam y Eva se ocultaron tras los árboles del Paraíso, y los hombres de todas las naciones y edades han pretendido ocultarse detrás de los sacrificios que han ofrecido á Dios para calmar su justo resentimiento. Jesús ha disipado esas sombras y calmado esa agitación. Él nos ha purificado con su sangre, por Él somos los conciudadanos de los santos, los hijos de Dios. El cristiano está seguro de esta paz, porque el Espíritu Santo dá testimonio á su espíritu de que es hijo de adopción, y también porque en medio de las angustias, dolores y pecados, oye el último suspiro de su Divino Redentor que le dice: «Consumado es.»

B. Esta es la paz de Cristo. Es su paz porque nos la ha adquirido derramando su sangre. Feliz el hombre que la posee; nunca, nunca será conmovido. Haced lo que queráis para destruirla; no lo conseguireis de ningún modo. La lluvia, por fuerte que sea, ¿podrá turbar las aguas profundas del Océano? Semejante á esas altas cimas cubiertas de nieves eternas que tocan en la región pura y serena en donde se desconocen las tempestades, el cristiano oirá el estampido del trueno á sus pies y mientras que la llanura está envuelta en las tinieblas, su vista contemplará los rayos del sol eterno de justicia siempre levantado en su horizonte.

## TERCERA PARTE.

Cristo no dá su paz como el mundo la dá.

A. El mundo hace promesas que no puede cum-

plir: la experiencia lo atestigua. Hace 19 siglos que las promesas de Cristo se cumplen y se cumplirán hasta la consumación de los tiempos. (Pueden citarse ejemplos.)

B. Para dar su paz el mundo exige sacrificios dolorosos; Jesucristo pide solo la fé y el amor, dos cosas que el hombre debiera siempre acordar aun cuando por ello no aguardara ninguna recompensa.

C. El mundo dá su paz con la condición que el hombre se desconozca á sí mismo; Jesucristo la concede después que el hombre se ha conocido y ha tenido conciencia de su verdadero estado delante de Dios.

D. El mundo dá su paz á algunos sumiendo en la desgracia á muchos; Jesús la dá sin que la felicidad de muchos cause la aflicción de uno solo.

E. La paz del mundo, aun concediendo que sea verdadera, tiene un término, no vá mas allá del sepulcro: la paz de Cristo principia en esta vida y dura por toda una eternidad.

**Aplicación.** Hemos demostrado que la paz de Cristo es superior á la del mundo; pero, ¿poseéis vosotros esa paz? ¿Os contáis en el número de los que la han recibido? ¿Hay tranquilidad en vuestras conciencias? ¿Temeríais comparecer ahora mismo ante el tribunal de Dios?

¿Teneis la fé que se necesita para gozar de la paz de Cristo?

¿Sentís en vuestro corazón el amor, un amor inmenso por el Cordero sin mancha que se ha dejado inmolar para que tengais paz, y un amor inmenso también hacia vuestros semejantes?

Si aun no poseéis la paz de Cristo, no la busquéis mas que al pie de la Cruz. Id adonde está Jesús, id con todos vuestros pecados, con todos vuestros recuerdos importunos, con todo el peso de vuestro dolor, y daré reposo á vuestras almas, Él os dará su paz, que nunca rechaza á las almas angustiadas que á Él acuden.—Amen.

## TEXTOS

PARA LOS DIAS DEL 1.º AL 14 DE JULIO.

**Sábado 1.º** Proverbios, xxii, 4.—Riquezas, y honra, y vida, son la remuneración de la humildad y del temor de Jehová.

**Domingo 2.** Salmo cxlix, 1.—Cantad á Jehová canción nueva: su alabanza sea en la congregación de los santos.

**Lunes 3.** 1.º Reyes, 3, 5, 6, 9.—Y aparecióse Jehová á Salomón una noche en sueños, y díjole Dios: Pide lo que quieres que yo te dé. Y Salomón dijo: Dá á tu siervo corazón dócil.

**Martes 4.** Salmo xxv, 9.—Encaminará (Jehová) á los humildes por el juicio, y enseñará á los mansos su carrera.

**Miércoles 5.** 2.º Timoteo, ii, 24.—El siervo del Señor no debe ser litigioso, sino manso para con todos.

**Jueves 6.** Hechos, viii, 37.—Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

**Viernes 7.** 1.ª Juan, ii, 2.—Y Él es la propiciación por nuestros pecados.

**Sábado 8.** Hechos, iv, 12.—Y en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres en que podamos ser salvos.

**Domingo 9.** Levítico, xix, 10.—Mis sábados guardareis, y mi santuario tendreis en reverencia. Yo Jehová.

**Lunes 10.** 2.º Crónicas, xiii, 12.—No peleéis contra Jehová, porque no os sucederá bien.

**Martes 11.** Isaías, xlv, 9.—¡Ay del que pleitea contra su Salvador!

**Miércoles 12.** Jeremías, v, 25.—Vuestras iniquidades y vuestros pecados apartaron de vosotros el bien.

**Jueves 13.** Lucas, v, 21. ¿Quién es este que ha-



bla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?

Viernes 14. Efesios, iv, 32.—Dios os perdonó en Cristo.

## Á UN ATEO.

### SONETO.

Cuando en la noche silenciosa y triste  
Pálida luna su fulgor retrata  
En las olas del lago, que de plata  
Ella las borda y con su luz reviste;

Cuando la dulce calma á cuanto existe  
Envuelve misteriosa al par que grata,  
Y absorba el alma elevase y dilata  
Al ver las galas que natura viste;

Mientras el eco por el bosque errante,  
Del canto con que espresa su deseo,  
Se oye de tierno ruiseñor amante,  
Ante el Creador te humilla, pobre ateo,  
Que si tú no le ves en ese instante  
Es porque tienes alma de pigmeo.

R. G. LAFUENTE.

Cartagena 20 de junio de 1871.

## BIOGRAFÍA.

(Continuacion.)

### CONVERSION DE UNA CATÓLICA CONTADA POR ELLA MISMA.

«Examinadlo todo; retened lo bueno.» (2.ª Epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses, cap. v, 21.)

—Padre mio,—dije un día á mi confesor;—aceptar esa noción que vos teneis sobre este libro, es destruir todas las ideas que nos presenta el cristianismo acerca de Dios. Su palabra es la verdad y nosotros debemos creerla.

Su respuesta fué la siguiente:

—La Biblia es la verdad, pero comentada y explicada por la Iglesia; y si aquella dijera blanco y la Iglesia dijera negro, yo creería siempre á esta última.

—¡Ah! No me sucederá así á mi,—respondí yo entonces;—y comprendí de lleno, con una amargura profunda, que voluntariamente se cerraban los ojos á la luz, empezando á despertarse en mi alma las dudas mas terribles sobre la Iglesia. Por vez primera sentí que mi conciencia desfallecía, y como el pobre barquichuelo que busca el puerto para salvarse de la tempestad que ruge, así mi alma se refugiaba en aquella divina palabra de nuestro Salvador Jesús.

¿Quiere decir esto que yo crea á todos los sacerdotes de la Iglesia romana sumidos en el error voluntaria y conscientemente? No: yo sé muy bien que hay muchos que lo ignoran, pues una institucion que no pudiera fundarse sino en la mala fé de los que la forman, vendría muy luego por tierra; preciso es, pues, que para sostenerse cuente con almas rectas; pero, ¡quiera Dios que llegue un día la hora del triunfo y que la verdad resplandezca!

Así iba pasando el invierno en aquel combate interior conmigo misma: acerbábase la Páscoa de Resurreccion, y como no creía que en la hostia existiera el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, juntamente con su divinidad, dudaba sobre si debía ó no recibir la comunión entonces. Por otra parte, no admitía yo tampoco que el sacrificio de la Cruz, realizado una vez para siempre, fuese posible que se renovase de una manera infinita, aunque sin derramamiento de sangre, lo cual, á mi modo de ver, es hacer ineficaz el sacrificio del Gólgota. Preparábame á dar todas estas razones á mi confesor

en el tribunal de la penitencia, y él, que había tenido tiempo de tomar su partido, tras una exhortación muy severa, prohibiéndome el que me acercara á la mesa del Señor, escomulgándome, hasta que arrepentida y contrita volviera al seno de la Iglesia.

—Precisamente queria deciros,—le contesté con la mayor calma,—que no me hallaba dispuesta á recibir la comunión, y por lo tanto, que me abstendré de ella hasta que Dios me ilumine de nuevo en mi incredulidad de antes.

¡Pobre hombre! ¡Cómo le aterró mi respuesta! En verdad que era muy sincero, y por lo mismo yo no debía engañarlo; así es que, aunque persuadida de la pena que le causaba, no quise ocultarle los sentimientos de mi alma, pues primero era mi conciencia que todas las consideraciones del mundo.

Durante todo aquel tiempo que venia yo consagrando al estudio de la Escritura, mi madre seguía-me con gran interés, pero no estaba dispuesta en manera alguna á unirse á mis sentimientos, pues su enfermedad y otras muchas causas parecíanle razones suficientes para no esponerse á merecer los anatemas en que incurren los que de religion llegan á cambiar un día; y aun cuando sabia lo que me desagradaba asistir á los cultos y ceremonias de la iglesia, contaba con mi prudencia, que al menos me haria respetar las apariencias: y en efecto, así obraba yo, aunque con bastante repugnancia, pues muchas veces iba á la iglesia solo para leer y meditar el Nuevo Testamento, que no abandonaba nunca.

Poco á poco mis ideas reformistas iban alejando de nuestra casa á la mayor parte de nuestros amigos, que comenzaron á temer el hallarse en contacto con una oveja extraviada; pero, ¿qué me importaba aquello? Yo no alentaba mas que un solo pensamiento y era el de unirme al Señor, aunque me rechazasen los hombres. La paz del alma era lo único que me dominaba, y esta no podia concedérmela sino Dios.

Casi diariamente venia tambien sosteniendo discusiones muy serias con algunos sacerdotes empeñados en rescatar mi fé católica, pues érales muy sensible mi separacion de su Iglesia por lo mismo que habia sido educada por ellos especialmente; y en esta y en las otras, llegó un día, el 15 de agosto, en que se celebraba la fiesta de la Asuncion de la Virgen á los cielos. Fui á la iglesia deseosa de oír lo que sobre este particular pudiera decirnos un predicador nuevo que habia llegado, y no pude contenerme al pronunciar estas palabras: «Sí, la ascension de María á los cielos por su propia virtud es un milagro mas grande, mas sobrenatural que la de Nuestro Señor Jesucristo.» Ante sacrilegio tan horrible, salí de aquel lugar de una manera brusca y el alma contristada, oyendo el grito de mi conciencia que me recordaba aquellas palabras del Libro de la Vida: «No vivas en union con los infieles; porque, ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? y, ¿qué comunión la luz con las tinieblas? y, ¿qué concierto el templo de Dios con los ídolos? Por lo cual, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo inmundo, y yo os recibiré: Y seré á vosotros Padre, y vosotros me sereis á mí hijos é hijas, dice el Señor Todopoderoso.» (1) Hé aquí,—me dije entonces,—lo que debo hacer: sí, esto es lo que yo quiero. ¡Dios mio, sostenedme para que no desfallezca!

Toda aquella semana fué para mí un tiempo de preparacion y de temores, pues debia anunciar el domingo inmediato á mi pobre madre la resolucion definitiva que habia tomado. Amaneció aquel día, hermoso como para sonreirme, y aun mi madre que pocas veces iba á la iglesia á causa de su enfermedad, hallábase bien y me espresaba su alegría por poder acompañarnos. Acercábase el momento de salir y yo aun no la habia dicho una palabra por miedo de causarla un disgusto: sin moverme, estaba rogando á Dios que me ayudara en aquel trance, y...

—Apresúrate, hija mia,—vino á decirme mi madre.

—No puedo,—la respondí,—déjame, madre mia, que obedezca á la voz de mi conciencia.

Instábame, rogábame que la acompañase siquiera por última vez; pero ceder entonces hubiera sido diferir mi propósito. Acaso no habia sido yo culpable hasta aquel momento en seguir las prácticas de un culto que rechazaba mi conciencia; pero abiertos ya mis ojos, sentia una grande responsabilidad en continuar como hasta entonces. Salí mi madre con el corazon desgarrado, y una vez sola, preguntéme si no debia haberme contenido en dar aquel paso su enfermedad: triunfó mi fé, y mi alma estaba tranquila de lo que habia hecho.

(Se continuará.)

## REMITIDO.

Cádiz 20 de junio de 1871.

Rev. Sr. D. A. C.

Muy señor mio: Tengo el honor de remitirle un detalle de lo que ha ocurrido en la Iglesia cristiana española de esta ciudad, para que se digne Vd. insertarlo en el periódico LA LUZ; y si Vd. cree conveniente hacerle algunos comentarios: por esto le quedaré sumamente agradecido.

Soy S. S. S. Q. B. S. M.

ANTONIO BARRANCO.

En la noche del domingo 4 del presente mes de Junio, eran las ocho de la noche, mientras el pastor D. José Hernandez y Ortega se preparaba para oficiar en el culto divino como de costumbre, toda la congregacion fué sorprendida al ver entrar en nuestra iglesia, situada en la calle del Aire, al señor alcalde y secretario del distrito con cuatro municipales, haciendo una requisita entre los que se hallaban congregados, y previniendo á nuestro digno pastor que la autoridad velaba por mantener el orden; que sabedora de que se tramaba un atentado, ponía á disposicion del pastor los vigilantes de autoridad que fueran necesarios; así fué que en la noche mencionada nada ocurrió; pero hé aquí que el domingo 18 del mismo mes, sobre las seis de la tarde, en la misma puerta de la iglesia, una multitud de muchachos gritaron varias veces: «Mueran los protestantes y viva el Papa infalible; viva Pio IX.»

En el mismo día, sobre las nueve de la noche, durante el culto, cuatro hombres que habian estado algun tiempo dentro de la iglesia escuchando la predicacion, salieron gritando: «mentira, herejes,» y otras palabras por el mismo estilo; pero fueron sorprendidos inmediatamente por cuatro miembros de la iglesia y entregados á las autoridades.

Así, pues, esperamos que la ley recaerá sobre los malvados que intentan perturbar el orden, á pesar que estos cuatro individuos que están á disposicion de la autoridad no son los que se aguardaban, segun oí del alcalde del distrito, pero que sí son espías enviados por los mismos, de los que la autoridad tiene noticias y hasta señas particulares de ellos, pues su objeto seria conocer nuestro espíritu para despues dar el golpe fatal que intentaban; mas nosotros, como soldados de Cristo, vivimos siempre alerta.

ANTONIO BARRANCO.

¿Qué quiere nuestro corresponsal que digamos para comentar el hecho que nos refiere? Que creíamos, en primer lugar, que en la culta y liberal ciudad de Cádiz no se encontrarían hombres capaces de atentar al derecho de otro; pero si hay neo-católicos en ese punto todo queda perfectamente explicado. Los neos de Cádiz, como los de Madrid, como los de todas partes, no tienen ni conciencia, ni dignidad, ni sentimientos nobles; son instrumentos ciegos de otros hombres mas ciegos y fanáticos que ellos, y solo con la violencia y el escándalo esperan dominar y destruir á sus contrarios. Los católicos sinceros discuten y procuran persuadir; los neos insultan y atropellan, en Cádiz como en todas partes; pero su misma bárbara intolerancia es su condenacion. Cuanto mas escandalicen, tanto mas las per-

(1) San Pablo á los de Corintio, 2.ª Ep., cap. vi, ver. 14, 16, 17 y 18.



sonas sensatas los irán apartando de ellos hasta que consigan hacer en su alrededor el vacío que existe en sus almas. Entretanto, el Evangelio que predicamos hará progresos. Nunca conquista tanto el Evangelio como cuando se le persigue.

## NOTICIAS VARIAS.

Ya hemos hablado en LA LUZ de lo que en Granada está ocurriendo con los protestantes pobres, á quienes no se les quiere expedir la cédula correspondiente si no presentan el certificado del cura párroco. Ellos podrán llamarse protestantes, si así lo quieren, pero no serán considerados como los otros españoles, tendrán que someterse á los católicos y para nada tendrán en cuenta su conciencia. ¡Qué poco respeto se tiene á la conciencia en este país! ¡Y dirán luego que existe la libertad religiosa! Lean nuestros lectores los siguientes párrafos que copiamos de *La Idea*, periódico que se publica en Granada:

«Rogamos á nuestros colegas de Madrid, nos dispensen el obsequio de tomar acta del hecho que vamos á relatar, no solo para que llegue á noticia del Gobierno, sino para que nuestros legisladores se convenzan de la confusión que se establece cuando á una medida radical no se suceden las que necesariamente deben servir á las mismas de consecuencia lógica y complemento indispensable.

Habiendo necesitado José Fajardo Lopez, de esta vecindad, la cédula oportuna y creyéndose con derecho á obtenerla gratis por falta de recursos, recurrió al inspector de su distrito en demanda del espresado documento. Dijo el funcionario que debía presentar certificado del cura de la parroquia, y como Fajardo sea protestante acudió al presbítero señor Alhama, representante en este distrito de la Iglesia reformada. El documento expedido por este no sirvió, porque quien debe certificar según la ley es el párroco católico; pero el párroco católico tampoco quiso certificar, ni podía hacerlo, por tratarse de un individuo que sobre ser protestante no estaba inscrito en sus padrones.

La Constitución reconoce la libertad de cultos, y aparte de esto, Fajardo es español y como español tiene derecho á que se le espida la cédula en cuestión.

Pero es el caso que no se le ha expedido. Y nosotros preguntamos: ¿es que por una parte se reconoce aquel derecho y por otra se adultera impidiendo que los que sean católicos puedan ostentar lo que se ha concedido á los católicos? ¿Es que las autoridades progresistas de Granada han de atenerse á la letra de la ley sin comprender nunca su espíritu, ó es que por intransigencia y odio á toda religion que no sea la del Papa, se ensañan contra Fajardo y le impiden el ejercicio de un derecho, con fútiles pretextos?

¿Qué tiene que ver el que sea protestante con que se le reconozcan sus derechos de español? Esto no es ni mas ni menos que una nueva anomalía, un nuevo error, una nueva intransigencia de Sagasta que hace leyes para los católicos y no para los demas, por ser en esto tan exclusivista como en todo.

Deseamos oír á los diarios de Madrid, y si el asunto no se termina de una manera favorable, nos ocuparemos detenidamente de esta cuestión, que promete ser curiosa.»

*Pío IX, vidit dies Petri.*—El actual Pontífice romano acaba de añadir una prueba á las muchas que pueden alegarse en contra de las tradiciones humanas. Era preciso que Pío IX hubiese apelado al suicidio para dar á entender á sus secuaces la verdad de la tradición: «Ningun Pontífice vivirá siendo tal, en el Pontificado.» El Papa no ha querido atentar contra su vida, y en esto le alabamos por ser un acto contrario á la voluntad de Dios, dueño árbitro de la vida y de la muerte, y ademas, el suicidio es un acto de cobardía. La tradición de que ningun Pontífice romano vivirá 25 años en el Pontificado no necesita argumentos ni comentarios para probar que es falsa; basta leer los ultimos partes de Roma que dicen: «La salud del Santo Padre es inmejorable.»

Este acontecimiento nos suministra una ocasión propicia para manifestar á Pío IX que no debe inquietarse por llevar en el Pontificado de Roma

mas años que San Pedro, de quien se dice sucesor. Si motivo fuera este de sobresalto, hace 25 años que el actual Pontífice debiera estarlo, puesto que San Pedro ni fué Pontífice romano, ni estuvo en Roma. (1)

De nuestro apreciable colega evangélico *El Cristiano* tomamos la siguiente interesante noticia:

«El domingo 11 de este mes, la iglesia que fué católica romana de San Basilio, de Sevilla, se ha abierto de nuevo siendo dedicada á Dios por un solemne culto evangélico. Asistió un auditorio de unas 1.200 personas de todas clases. El predicador, quien por motivos de conciencia ha abandonado hace tiempo la Iglesia de Roma, renunciando tambien una posición ventajosa de que gozaba, por su título de sacerdote romano, tomó por su texto las palabras «de tal manera amó Dios al mundo que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» (San Juan, III, 16.)

Y así centenares de personas por la primera vez en su vida oyeron hablar del amor de Dios hácia los pecadores en Jesucristo, el único Salvador de los hombres.

La iglesia evangélica de San Basilio tiene, no solamente escuela dominical, sino tambien una dia-ria, donde se dá una educación cristiana á los niños que ingresan en ella.

En Sevilla, gracias al celo y amor cristiano de un solo individuo, el señor Tugwell, capellan inglés en esa ciudad, se han formado cinco congregaciones españolas, y en sus escuelas tienen mas de 700 niños y jóvenes de ambos sexos, que reciben diariamente una instrucción evangélica. Que el Señor bendiga ricamente tan buena obra.»

El partido clerical ha apelado en Roma en estos últimos días para dar algun esplendor á su causa perdida á un recurso de gran valía en los pasados siglos, pero gastado ya por completo en el nuestro; á los milagros. En la iglesia de San Chrisógono una vírgen ha empezado á mover los ojos y á volverlos de un modo extraño; y mientras que se estasiaban ante ese primer milagro, otra vírgen, la que está en la fábrica de tabacos, empezó á mover tambien los ojos, y luego otra pequeña en yeso movió sus piés. Pero no es esto todo: parece que las vírgenes de Roma se han puesto en movimiento no sabemos con qué fin. La que está en la puerta Cavaleggio, cerca del Vaticano, cierra con mucha dulzura sus ojos y vuelve á abrirlos. Por supuesto que los profanos no ven el milagro por mas que miran, lo que no quita que adornen los fieles á las vírgenes milagrosas con ramos de flores, cirios y demas. ¡Pobre gente! ¡Qué idea tan grosera se forman del milagro!

En Roma, la autoridad local ha puesto en libertad á una joven hebrea de cuya conversion al catolicismo se habian ocupado mucho los periódicos.

Resulta ahora que esta joven, llamada Enriqueta Ascarelli, era una víctima prisionera de los jesuitas, y forzada por ellos á la abjuración de sus creencias religiosas.

El miércoles 5 de julio, á las ocho y media de la noche, se reunirán en oración todas las congregaciones evangélicas en la iglesia bautista de la calle de Lavapiés, y el miércoles 12, á la misma hora, en la sala evangélica de San Cayetano.

A petición de algunos cristianos y creyendo que la idea podia ser útil á los predicadores que carecen de libros para estudiar el sermón, propiamente dicho, (por mas que reconozcamos que la

(1) Véase en LA LUZ del 1.º de Abril el artículo titulado «Una falsa tradición.»

fuente de toda predicación debe ser la Palabra de Dios) publicamos en el presente número un plan de sermón y lo mismo haremos en los demas números de nuestro periódico que aparezcan en lo sucesivo. ¡Quiera Dios que estos trabajos sean de provecho á algunos hermanos nuestros.

Uno de los mas eminentes teólogos de Bohemia, el profesor Pelleter de Eger, no pudiendo resignarse á vivir bajo el peso de una excomunión, se ha unido públicamente á la iglesia luterana.

Si los hombres que rigen los destinos de nuestra patria supieran lo que es la libertad religiosa, no tendríamos que lamentar hechos como el que vamos á trascribir, ó de otro modo se castigaria á los transgresores para que no se repitieran como sucede con harta frecuencia por desgracia.

Al pasar la procesion de Minerva que salió de la parroquia de San Sebastian, por la calle de Atocha, un caballero que iba en dirección opuesta entró en un portal aguardando que trascurriera la piadosa comitiva.

Algun exajerado e imprudente sacerdote notó que el caballero en cuestión tenia el sombrero puesto, y se dirigió á la autoridad local que presidia la procesion pidiéndole que le mandase se descubriera, y la autoridad complaciente envió á un oficial para que le obligara á ello.

Mejor aconsejado el oficial, se limitó á escitarle que penetrara mas en el portal hasta perder de vista al público, á lo cual accedió el caballero, que no sufrió palos ni dieterios, como ha dicho un colega.

Esto es lo ocurrido, que nosotros ni siquiera mencionariamos, si no fuera para lamentarnos de la intolerancia del sacerdote y de la censurable complacencia de la autoridad que presidia, porque una cosa es hacer alardes de irreverencia, que estuvo bien lejos de inspirar al caballero á que nos referimos, y otra obligar á todo el mundo á que contribuya con sus actos á una solemnidad que no es de su agrado.

Reprobamos la partida de la Porra cuando se ataca la inviolabilidad del ciudadano, pero son mas censurables los actos de violencia cuando se inspiran en la intolerancia religiosa, que afortunadamente acabó, y es necesario no restaurar con pretesto alguno.

## ADVERTENCIA.

### Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

### Puntos de suscripción.

|                 |  |
|-----------------|--|
| En Madrid.....  | { Preciados, 19, tercero.<br>Madera Baja, 8.   |
| En Zaragoza...  | { Calle de San Jorge, cochera Asco-<br>bareta. |
| En Valencia.... | Calle de la Muela, 20, tercero.                |
| En Valladolid.  | Plazuela del Duque, 11, principal.             |
| En Cartajena..  | Plaza del Rey, 18.                             |

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, nú. 2.